

100

AÑOS

HISTORIAS DE AGATHA CHRISTIE

*Agatha Christie*<sup>®</sup>

*Rencores familiares en una  
de las obras más notables de*  
**AGATHA CHRISTIE**

# INOCENCIA TRÁGICA



AGATHA CHRISTIE  
INOCENCIA TRÁGICA



ESPASA

*Ordeal by Innocence* Copyright © 1958 Agatha Christie Limited.  
Todos los derechos reservados.

AGATHA CHRISTIE, ORDEAL BY INNOCENCE y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.  
Usados con permiso.

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

*Agatha Christie*

Traducción de Stella del Cal

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:  
Espasa Libros, 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C

Primera edición: febrero de 2020  
ISBN: 978-84-670-5852-9  
Depósito legal: B. 262-2020  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: EGEDSA  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo 1

## I

**A**noheció cuando llegó al transbordador.

Podría haber estado allí mucho antes. La verdad era que lo había retrasado todo lo posible.

Primero, el almuerzo con unos amigos en Redquay, la charla frívola, el intercambio de chismorreos sobre amistades comunes. Todo aquello significaba que, en su fuero interno, estaba esquivando lo que tenía que hacer. Sus amigos lo invitaron a tomar el té y él aceptó. Pero llegó un momento en que comprendió que no podía postergarlo más.

El coche de alquiler lo estaba esperando. Se despidió de sus amigos y el chófer condujo a lo largo de más de once kilómetros por la frecuentadísima carretera de la costa, y luego, tierra adentro, por el boscoso camino que acababa en el pequeño embarcadero de piedra sobre el río. Allí había una gran campana, y el chófer la hizo sonar con energía para llamar al transbordador, que estaba en la otra orilla.

—¿Desea que le espere, señor?

—No —respondió Arthur Calgary—. He pedido un coche que vendrá a recogerme dentro de una hora para llevarme a Drymouth.

El hombre recibió el importe del servicio y una propina.

—Ya viene el transbordador, señor —anunció, atisbando el río en la oscuridad.

Le deseó buenas noches con voz suave, dio la vuelta con el coche y se marchó colina arriba. Arthur Calgary se quedó solo, esperando en el embarcadero. Solo con sus pensamientos y con el miedo que le producía lo que tenía ante sí. Qué salvaje era aquel lugar, pensó. A uno podría darle la sensación de encontrarse en un lago de Escocia, lejos del mundo. Y, sin embargo, a pocos kilómetros estaban los hoteles, las tiendas, los bares y las multitudes de Redquay. Reflexionó, no por vez primera, sobre los extraordinarios contrastes del paisaje inglés.

Oyó el suave chapoteo de los remos al arrimarse el transbordador al muelle. Arthur Calgary bajó la rampa y saltó a la embarcación, mientras el barquero mantenía esta última estable con el bichero. Era un hombre viejo, y Calgary tuvo la fantástica impresión de que él y su embarcación eran uno e indivisible.

Según avanzaban, una brisa fresca subió susurrando desde el mar.

—Una noche fría —comentó el barquero.

Calgary respondió adecuadamente. Luego le concedió que hacía más frío que el día anterior.

Vio, o le pareció ver, una curiosidad velada en los ojos del barquero. Era un forastero. Y un forastero que llegaba una vez terminada la temporada turística propiamente dicha. Además, el turista cruzaba el río a una hora desusada, demasiado tarde para tomar el té en la cafetería del muelle. No llevaba equipaje, de modo que no iba a quedarse. (¿Por qué, se preguntaba Calgary, había ido tan tarde? ¿Sería, en realidad, porque inconscientemente había estado retrasando el momento, postergando lo que tenía que hacer todo lo posible?) Cruzando el Rubicón..., el río... el río... Sus pensamientos se dirigieron hacia otro río: el Támesis.

Había mirado el río sin verlo (¿no había sido el día anterior?), y luego había mirado de nuevo al hombre sentado al otro lado de la mesa. Aquellos ojos pensativos, con una ex-

presión que no había logrado comprender. Era una expresión reservada, como si estuviera cavilando algo que no expresaba.

«Me imagino —se dijo— que aprenden a no mostrar nunca lo que piensan.»

A decir verdad, todo el asunto era horrible. Debía hacer lo que había que hacer y luego ¡olvidarlo!

Frunció el ceño, recordando la conversación del día anterior. La voz agradable, apacible y evasiva había dicho:

—¿Está usted decidido, doctor Calgary, a llevarlo a cabo?

Él había contestado vivamente:

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Supongo que está de acuerdo conmigo. No puedo desentenderme de una cosa así.

Pero Arthur no había comprendido la expresión distante de aquellos ojos grises, y le había sorprendido un poco la respuesta.

—Hay que mirarlo desde todos los ángulos, considerarlo desde todas las perspectivas.

—¿Cómo puede haber más de un ángulo desde el punto de vista de la justicia?

Había hablado con fogosidad, convencido por un instante de que le proponían echar tierra vilmente sobre el asunto.

—De algún modo, así es. No sólo es eso lo que hay que tener en cuenta en este caso. No sólo es cuestión de justicia.

—No estoy de acuerdo. Hay que tener en cuenta a la familia.

—Eso es. Exacto. Estaba pensando en ellos.

¡A Calgary le había parecido una tontería! Porque pensando en ellos...

Pero de inmediato el otro hombre había dicho con el mismo tono agradable:

—Es asunto suyo, doctor Calgary. Naturalmente, tiene usted que hacer lo que considere más adecuado.

El transbordador encalló en la playa. Había cruzado el

Rubicón. El barquero dijo con la voz suave típica de la región oeste:

—Son cuatro peniques, señor, o ¿quiere usted pasaje de ida y vuelta?

—No. No hay vuelta. —¡Qué palabras tan fatídicas!—. ¿Conoce usted una casa llamada Sunny Point? —preguntó mientras pagaba.

El hombre mostró su curiosidad abiertamente; a los ojos del viejo asomó un ávido interés.

—Claro que la conozco. Está allí, a su derecha, puede verla entre los árboles. Suba usted la colina y siga la carretera de la derecha, y luego tome la carretera nueva que atraviesa la colina. Es la última casa, al final de todo.

—Gracias.

—¿Dijo usted Sunny Point, señor? ¿Donde la señora Argyle...?

—Sí, sí —lo interrumpió Calgary bruscamente. No quería hablar del asunto—. Sunny Point.

Una sonrisa lenta y extraña asomó en el rostro del barquero. De pronto, parecía un fauno astuto.

—Fue ella la que la llamó así durante la guerra. Era una casa nueva, claro, acababan de construirla, no tenía nombre. Pero el terreno en que está, ese saliente de tierra cubierto de árboles, se llama Viper's Point. Pero Viper's Point no le gustaba, no quiso que su casa se llamara así. Y le puso Sunny Point. Pero nosotros la llamamos siempre Viper's Point.

Calgary le dio las gracias precipitadamente, dijo buenas noches y empezó a subir la colina. Parecía que todo el mundo estaba en casa, y tuvo la impresión de que ojos invisibles atisbaban a través de las ventanas de las casas, de que todos lo observaban y sabían adónde iba: «Va a Viper's Point».

Viper's Point, el cabo de la víbora. El nombre resultaba horriblemente apropiado.

Porque, más afilado que los colmillos de una serpiente... Controló sus pensamientos desbocados. Tenía que dominarse y decidir exactamente lo que iba a decir.

## II

Calgary llegó al final de la carretera, con bonitas casas nuevas a ambos lados, cada una con su pequeño jardín donde su dueño o dueña desplegaba sus preferencias: rocalla, rupícolas, crisantemos, rosas, salvias y geranios.

Al final de la carretera, había una casa con el nombre SUNNY POINT escrito en letras góticas en la verja. Cruzó la cerca y siguió por un corto camino de acceso. Frente a él estaba la casa, una edificación moderna, sin personalidad y bien construida, con gabletes y porche. Podía haber estado situada en cualquier barrio residencial elegante o en una nueva urbanización. En opinión de Calgary, era indigna de la belleza del lugar. Porque la vista era magnífica. El río torcía bruscamente alrededor del promontorio, casi volviendo sobre sí mismo. Enfrente se alzaban las colinas cubiertas de árboles. Río arriba, hacia la izquierda, había otro meandro, con prados y huertos a lo lejos.

Calgary miró el río a derecha e izquierda. Allí debería haberse construido un castillo, pensó, un castillo imposible y ridículo de cuento de hadas. Un castillo que pareciera de pan de jengibre o azúcar glaseado. En lugar de eso, había buen gusto, recato, moderación, mucho dinero y una absoluta falta de imaginación.

Claro que no podía culparse a los Argyle. Ellos habían comprado la casa, no la habían construido. Sin embargo, ellos o uno de ellos (¿la señora Argyle?) la había elegido.

«No puedes retrasarlo más», se dijo a sí mismo, y pulsó el timbre.



Se quedó allí, esperando. Tras un intervalo prudente, volvió a llamar.

No oyó pasos dentro de la casa, pero, sin previo aviso, la puerta se abrió de repente.

Retrocedió un paso, alarmado. En su imaginación, ya sobreexcitada, le pareció como si la tragedia estuviera destruyéndole el paso. Era un rostro joven, y en lo punzante de su juventud residía la esencia de la tragedia. La máscara trágica, pensó, debía de ser siempre la máscara de la juventud. Impotente, predestinada, viendo acercarse la destrucción.

Se recompuso y lo racionalizó: tipo irlandés. Los ojos azul oscuro, las ojeras, el pelo negro, la belleza sombría de los huesos de los pómulos y del cráneo.

La muchacha lo observaba vigilante y hostil.

—¿Sí? ¿Qué desea?

—¿Está el señor Argyle?

—Sí. Pero no recibe a nadie. Es decir, a desconocidos. A usted no le conoce, ¿verdad?

—No. No me conoce, pero...

Ella empezó a cerrar la puerta.

—Entonces es mejor que escriba.

—Lo siento, pero tengo interés especial en verle. ¿Es usted la señorita Argyle?

Ella lo admitió de mala gana.

—Sí, soy Hester Argyle. Pero mi padre no recibe a nadie si no ha sido citado. Es mejor que escriba.

—Vengo de muy lejos.

Su respuesta no pareció conmoverla.

—Todos dicen lo mismo. Pero pensaba que habíamos terminado por fin con estas cosas —continuó con tono acusatorio—: Es usted periodista, supongo, ¿no?

—No, no, nada de eso.

Ella lo miró con desconfianza, como si no le creyera.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

Detrás de Hester Argyle, en el vestíbulo y a cierta distancia, vio otro rostro. Un rostro chato y feo, chato como una torta, el rostro de una mujer de mediana edad, y un pelo gris amarillento, a ambos lados de la cara y aplastado encima de la cabeza. Parecía en suspenso, esperando como un dragón vigilante.

—Se trata de su hermano, señorita Argyle.

Hester Argyle contuvo la respiración.

—¿De Michael? —preguntó incrédula.

—No, de su hermano Jack.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que venía usted por Jack! ¿Por qué no nos deja en paz? Ese asunto está zanjado. ¿Por qué seguir con eso?

—Nunca puede decirse que algo esté realmente zanjado.

—¡Pero esto sí! Jack está muerto. ¿Por qué no lo deja en paz? Todo ha pasado. Si no es usted periodista, supongo que será médico, o psiquiatra, o algo así. Márchese, por favor. No se puede molestar a mi padre. Está ocupado.

Empezó a cerrar la puerta. Precipitadamente, Calgary hizo lo que debía haber hecho en un principio: sacó una carta del bolsillo y se la tendió.

—Tengo una carta del señor Marshall.

Ella mostró sorpresa. Cogió la carta con indecisión.

—Del señor Marshall, ¿de Londres?

En ese momento se unió a ella la mujer que había estado acechando al fondo del vestíbulo. Observó a Calgary con desconfianza y a él le recordó los conventos extranjeros. ¡Claro, era el rostro de una monja! Sólo le faltaba la toca, o como se llamara, blanca y almidonada, muy ajustada alrededor de la cara, y el hábito negro. No era un rostro contemplativo, sino el de la hermana lega, que escudriña con desconfianza, a través de la mirilla, antes de dejar a regañadientes que uno entre y conducirlo a la sala de visitas o ante la presencia de la madre superiora.

—¿Viene usted de parte del señor Marshall? —preguntó, y sonó casi como una acusación.

Hester miró el sobre que tenía en la mano. Luego, sin pronunciar palabra, dio media vuelta y subió corriendo la escalera.

Calgary permaneció en el umbral sosteniendo la mirada acusadora y desconfiada de la cancerbera.

Buscó algo que decir, pero no se le ocurrió nada. Por lo tanto, guardó un prudente silencio.

Poco después, la voz de Hester, fría y distante, llegó hasta ellos.

—Dice papá que suba.

No de muy buena gana, la cancerbera se hizo a un lado. La expresión desconfiada de su rostro no había variado. Calgary pasó por su lado, dejó el sombrero en una silla y subió la escalera, hacia donde lo esperaba Hester.

El interior de la casa se veía demasiado limpio. Recordaba una clínica privada de lujo.

Hester lo condujo a lo largo de un pasillo y bajó luego tres escalones. Entonces abrió una puerta, lo invitó a pasar con un gesto y lo siguió.

Estaban en una biblioteca. Calgary alzó la cabeza con satisfacción. El ambiente era completamente distinto al del resto de la casa. Era una habitación donde un hombre vivía, trabajaba y descansaba. Las paredes estaban cubiertas de libros, los butacones eran grandes y un poco gastados, pero cómodos. Reinaba un agradable desorden: papeles sobre el escritorio y libros encima de las mesas. Calgary vislumbró por un instante a una mujer joven que salía por una puerta situada al fondo: una joven muy atractiva. Luego dedicó su atención al hombre que se levantó para saludarlo con la carta en la mano.

La primera impresión que tuvo de Leo Argyle fue que era tan delgado, tan transparente, que apenas tenía presen-

cia física. ¡Un espectro! La voz era agradable, pero carente de resonancia.

—¿Doctor Calgary? Siéntese.

Calgary se sentó y aceptó un cigarrillo. Su huésped se acomodó frente a él. Todo se hizo sin prisa, como si aquél fuera un mundo donde el tiempo tuviera muy poca importancia. Al hablar, Leo Argyle sonreía levemente, dando golpecitos sobre la carta con un dedo exangüe.

—El señor Marshall dice que tiene usted que comunicarnos algo muy importante, aunque no especifica de qué se trata. —Su sonrisa se acentuó al añadir—: Los abogados son siempre muy dados a no comprometerse, ¿no es cierto?

Calgary pensó con cierta sorpresa que Argyle era un hombre feliz. No de un modo vivaz y entusiasta, que es como suele ser la felicidad, sino feliz en su propio mundo, algo nebuloso pero satisfactorio. Era un hombre a quien el mundo no le afectaba y estaba complacido con ello. Calgary no sabía por qué le sorprendía eso, pero era así.

—Es usted muy amable al recibirme. Me pareció mejor venir en persona que escribir. —Hizo una pausa—. Es difícil, muy difícil —dijo con una agitación súbita.

—Tómese el tiempo que necesite.

Leo Argyle continuaba mostrándose cortés y distante.

Se inclinó hacia delante. Con su modo tranquilo, era evidente que trataba de ayudar a Calgary.

—Puesto que trae una carta de Marshall, supongo que su visita tiene relación con mi desgraciado hijo Jacko... Jack, quiero decir. Nosotros le llamábamos Jacko.

Todas las palabras y frases que Calgary había preparado con tanto cuidado lo abandonaron. Permaneció allí sentado, enfrentado con la espantosa realidad de lo que debía decir. De nuevo, tartamudeó:

—Es... es tan sumamente difícil...

Hubo un momento de silencio.

—Si le sirve de ayuda —señaló Leo, escogiendo las palabras—, le diré que nosotros nos damos perfecta cuenta de que Jacko era..., no era una persona completamente normal. No es fácil que nos sorprenda nada de lo que pueda usted decirnos. Aun con lo horrible de la tragedia, siempre he estado convencido de que Jacko no era en realidad responsable de sus actos.

—Claro que no lo era.

Fue Hester la que habló y Calgary se sobresaltó al oír su voz. Por un momento había olvidado su presencia. Se había sentado en el brazo de un sillón, por detrás de Calgary. Volvió la cabeza y Hester, como movida por un resorte, se inclinó hacia él con ansiedad.

—Jacko fue siempre terrible —afirmó en tono confidencial—. Ya era así de pequeño, quiero decir cuando se enfadaba. Cogía lo primero que encontraba y... y se tiraba sobre uno como...

—Hester, Hester, querida —protestó Argyle con voz dolida.

Alarmada, la muchacha se llevó la mano a la boca. Se ruborizó y empezó a hablar con la torpeza precipitada de la juventud.

—Lo siento. No quería... No me di cuenta. No debería haber dicho eso..., quiero decir ahora que todo ha pasado y... y...

—Todo ha pasado para siempre —manifestó Argyle—. Todo eso pertenece al pasado. Quiero..., todos queremos pensar que el muchacho estaba enfermo. Un fallo de la naturaleza. Creo que ésa es la mejor manera de expresarlo. —Miró a Calgary—. ¿No lo cree usted así?

—No —replicó Calgary.

Se produjo un silencio. La vehemente negativa había sorprendido a sus dos oyentes. La había pronunciado con una fuerza casi explosiva. En un intento por mitigar su efecto, Calgary añadió con torpeza:

—Lo... lo siento. Ustedes no lo pueden comprender, todavía ignoran...

—¡Oh!

Argyle pareció quedarse pensativo. Luego miró a su hija.

—Hester, creo que será mejor que nos dejes.

—¡No! Tengo que oírlo, tengo que saber de qué se trata.

—Puede que sea desagradable.

—¿Qué importancia tiene que Jacko haya hecho otras cosas horribles? —exclamó Hester impaciente—: Todo ha terminado.

—Créame, por favor —se apresuró a decir Calgary—, no se trata de nada que haya hecho su hermano, todo lo contrario.

—No comprendo.

La puerta del fondo se abrió y la joven, a quien Calgary había vislumbrado antes, entró de nuevo. Se había puesto un abrigo y llevaba una pequeña cartera de documentos.

Se dirigió a Argyle.

—Me marchó. ¿Hay algo más...?

Argyle titubeó un momento, debía de vacilar siempre, pensó Calgary, y luego puso una mano en el brazo de la joven y la hizo acercarse.

—Siéntate, Gwenda. Te presento... ejem... al doctor Calgary. Ella es la señorita Vaughan, que es... que es... —de nuevo calló, como si dudara—... es mi secretaria desde hace varios años. El doctor Calgary ha venido a contarnos algo, o a preguntarnos algo con relación a Jacko.

—A contarles algo —lo interrumpió Calgary—. Y aunque no son conscientes, están poniéndomelo ustedes más difícil por momentos.

Todos lo miraron un poco sorprendidos, pero en los ojos de Gwenda Vaughan vio un destello de algo que se asemejaba a la comprensión. Era como si entre los dos existiera un vínculo momentáneo, como si ella hubiera dicho: «Sí, ya sé lo difíciles que son los Argyle algunas veces».

Era una joven atractiva, pensó, aunque no tan joven, treinta y siete o treinta y ocho años. Tenía una buena figura, el pelo y los ojos oscuros, y un aspecto general de vitalidad y buena salud. Daba la impresión de ser al mismo tiempo eficaz e inteligente.

Con una actitud un poco fría, Argyle dijo:

—No veo que le ponga las cosas más difíciles, doctor Calgary. Desde luego, no era ésa mi intención. Si tiene la bondad de ir al grano...

—Sí, ya lo sé. Perdome que haya dicho eso. Es la insistencia con que usted y su hija subrayan una y otra vez que todo ha terminado, que todo ha pasado. Pero no ha acabado. ¿Quién fue el que dijo: «Nada está resuelto hasta...»?

—Hasta que se resuelve bien —terminó la señorita Vaughan—. Kipling.

Le hizo una seña, tratando de darle ánimos, y él se lo agradeció.

—Pero centrémonos en el asunto —continuó Calgary—. Cuando oigan lo que tengo que decir comprenderán mi renuencia. Más aún, mi disgusto. Para empezar, debo mencionar algunas cosas sobre mí mismo. Soy geofísico y he participado recientemente en una expedición a la Antártida. No regresé a Inglaterra hasta hace unas semanas.

—¿La expedición Hayes Bentley? —preguntó Gwenda. Él le dirigió una mirada agradecida.

—Sí. La expedición Hayes Bentley. Les digo esto para que conozcan mis antecedentes y también para explicar por qué, durante dos años aproximadamente, he estado desligado de... de las cosas corrientes.

Gwenda continuó ayudándolo.

—¿Se refiere usted a cosas como juicios por asesinato?

—Sí, señorita Vaughan, a eso precisamente.

Calgary se volvió hacia Argyle.

—Le ruego que me perdone si este asunto le resulta doloroso, pero tengo que comprobar con usted determinadas

horas y fechas. El nueve de noviembre, hace dos años, a eso de las seis de la tarde, su hijo Jack Argyle, a quien ustedes llamaban Jacko, vino a esta casa y estuvo hablando con su madre, la señora Argyle.

—Sí, mi esposa.

—Le dijo que estaba en un apuro y le pidió dinero, algo que había ocurrido ya en otras ocasiones.

—Muchas veces —dijo Leo suspirando.

—La señora Argyle se negó. Él se puso insolente, amenazador. Por último, se marchó, furioso, gritando que volvería y que haría bien en darle el dinero. Jack dijo: «No quieres que vaya a la cárcel, ¿verdad?», y ella contestó: «Estoy empezando a creer que eso sería lo mejor para ti».

Leo Argyle se movió incómodo.

—Mi esposa y yo habíamos hablado mucho de eso. Estábamos muy disgustados con el chico. Le habíamos ayudado una y otra vez, tratando de darle la oportunidad de volver a empezar. Nos parecía que quizá la impresión de ir a la cárcel, la disciplina... —Su voz se apagó—. Pero continúa, por favor.

—Aquella misma tarde, su esposa fue asesinada —continuó Calgary—. La atacaron con un atizador. Las huellas dactilares de su hijo estaban en el atizador y faltaba una elevada suma de dinero de un cajón del escritorio donde su esposa lo había guardado antes. La policía detuvo a su hijo en Drymouth. Llevaba el dinero encima, la mayor parte en billetes de cinco libras, uno de los cuales tenía escrito un nombre y una dirección, lo que le permitió que en el banco pudieran reconocer el billete en cuestión como uno de los que le habían dado aquella mañana a la señora Argyle. Se acusó a Jack del crimen y fue juzgado por... —Calgary se detuvo un momento—. El veredicto fue de asesinato.

Ya había dicho la palabra funesta. Asesinato. No era una palabra resonante sino sofocada, y fue absorbida por



las cortinas, los libros, la alfombra. La palabra podía extinguirse, pero no el acto.

—Por lo que me dijo el señor Marshall, el abogado defensor, tengo entendido que, al ser arrestado, su hijo se declaró inocente de un modo alegre, por no decir engreído. Insistió en que tenía una coartada perfecta para la hora del asesinato, que la policía estableció entre las siete y las siete y media. A aquella hora, afirmó Jack Argyle, se dirigía a Drymouth haciendo autostop y un coche lo había recogido muy poco antes de las siete en la carretera principal de Redmyn a Drymouth, a cosa de un kilómetro y medio. No sabía de qué marca era el automóvil (se había hecho ya de noche), pero se trataba de un sedán negro o azul oscuro, y lo conducía un hombre de mediana edad. No se escatimó ningún esfuerzo para encontrar el coche en cuestión y al hombre que lo conducía, pero no hubo modo de confirmar la declaración de Jack Argyle, y los mismos abogados estaban convencidos de que el chico había inventado la historia, sin mucha habilidad, por cierto.

»En el juicio, la principal línea de defensa fue la declaración de varios psiquiatras, que trataron de demostrar que Jack Argyle había sido siempre un desequilibrado. El juez se mostró muy severo cuando comentó estas declaraciones y, en su resumen del caso, se posicionó decididamente en contra del acusado. Jack Argyle fue condenado a cadena perpetua y murió de neumonía en la cárcel, a los seis meses de empezar a cumplir su condena.

Calgary se detuvo. Tres pares de ojos estaban clavados en él. En los de Gwenda Vaughan había interés y atención, en los de Hester seguía habiendo desconfianza, y los de Leo Argyle no expresaban nada en absoluto.

—¿Está usted de acuerdo con mi exposición de los hechos? —preguntó Calgary.

—Por completo —respondió Leo—, aunque todavía no

entiendo la necesidad de volver sobre un suceso doloroso que todos tratamos de olvidar.

—Perdone. Tenía que hacerlo. ¿Usted no disintió del veredicto?

—Reconozco que tal como se expusieron los hechos, si no se mira lo que había detrás, el veredicto evidente es el de culpabilidad. Pero, si se escarba un poco, verá que hay muchas circunstancias atenuantes. El chico estaba desequilibrado aunque, por desgracia, no en el sentido legal de la palabra. Las reglas de McNaughton para declarar una posible demencia son muy estrictas y dejan mucho que desear. Le aseguro, doctor Calgary, que la misma Rachel, mi difunta esposa, habría sido la primera en perdonar y disculpar al desgraciado muchacho por su arrebató. Tenía ideas muy modernas y humanas, y un profundo conocimiento de los factores psicológicos. Ella no lo habría condenado.

—Ella sabía muy bien lo malo que podía ser Jacko —comentó Hester—. Siempre lo fue. Al parecer no podía remediarlo.

—¿De modo que ninguno de ustedes —preguntó Calgary lentamente— tuvo la menor duda? Sobre su culpabilidad, quiero decir.

Hester se lo quedó mirando.

—¿Cómo íbamos a tener dudas? Era culpable, desde luego.

—En realidad no era culpable —contradijo Leo—. No me gusta esa palabra.

—Y además es falsa en este caso. —Calgary inspiró profundamente—. ¡Jack Argyle era inocente!